

Guerra y política en el Río de la Plata: el caso del Ejército Auxiliar del Perú (1810-1811)

[War and Politics in the Río de la Plata:
the Case of the Ejército Auxiliar del Perú (1810-1811)]

Virginia Macchi
(Universidad de Buenos Aires – CONICET)
virginiamacchi@gmail.com

Resumen

En el presente trabajo se analizará la relación entre guerra y política en el Río de la Plata a partir del caso del Ejército Auxiliar del Perú durante la primera campaña (1810-1811). Para ello se rastreará, a través de la oficialidad de dicho ejército, los principales conflictos y cómo se hicieron presentes ciertos principios políticos que definieron los motivos de la lucha.

Palabras claves: Guerra política – Revolución – Oficialidad

Abstract

In this paper we analyze the relationship between war and politics in the Rio de la Plata from the case of the 'Ejército Auxiliar del Perú' during the first campaign (1810-1811). In order to fill our objective, we will track, through the officers of the army, the main conflicts and how certain political principles defined the reasons for the struggle.

Keywords: Political war – Revolution – Officers

Recibido: 25/11/2011
Evaluación: 14/02/2012
Aceptado: 21/03/2012

Guerra y política en el Río de la Plata: el caso del Ejército Auxiliar del Perú (1810-1811)

Desde fines del siglo XVIII, y con la aparición de las guerras revolucionarias en Europa, en el mundo atlántico comenzó una transformación en las formas de hacer la guerra. De esta manera, las guerras del Antiguo Régimen, entendidas como conflictos entre monarcas, fueron derivando en la guerra moderna o guerra política. Este nuevo carácter de la guerra supuso que los combatientes paulatinamente se irían distinguiendo por la adhesión a diversos principios políticos, y así la participación en la guerra fue una forma de politización.¹

Este fenómeno, que ha sido estudiado para otros ámbitos, fundamentalmente el francés y el peninsular, fue también importante en el Río de la Plata. En este territorio el inicio de la revolución significó, casi simultáneamente, el principio de la guerra revolucionaria² a partir de las campañas de Manuel Belgrano a Paraguay y de Juan José Castelli al Alto Perú. Esta última expedición, que será la que se analizará en este trabajo, fue enviada por la Junta Provisional al inicio mismo del proceso revolucionario para llevar las nuevas noticias al interior del virreinato y controlar los territorios que pudieran pretender sublevarse a la autoridad porteña una vez resquebrajado el vínculo colonial.

De esta forma, con el inicio del proceso revolucionario en Buenos Aires y la necesidad de enviar expediciones militares al interior, la guerra se instaló completamente en la región rioplatense. Y es en tanto que esta campaña militar comenzó junto con la revolución, que permite observar de qué forma se instauró la guerra política en el sur del imperio español. En este estudio, entonces, se examinará el surgimiento de una nueva concepción en la forma de entender la guerra en el espacio rioplatense, a partir del caso de la primera expedición del Ejército Auxiliar del Perú.

Las especificidades de esta guerra se analizarán a través de la oficialidad, sobre la que se examinarán algunas de sus principales características. La elección de este grupo como medio para estudiar el problema no es ociosa, pues fueron los oficiales artífices fundamentales de la guerra, y quienes reflexionaron y realizaron una producción escrita sobre ella, en cartas, partes y posteriormente en memorias. Para ello, se hará hincapié en dos momentos de la expedición, el primero, las repercusiones dentro de la oficialidad de las acciones del representante Juan José Castelli en el Alto Perú, y la segunda, los efectos de los sucesos porteños del 5 y 6 de abril de 1811 al interior del ejército.

¹ McFARLANE, A., "Guerras e independencias en las Américas" (pp.171-178), en M. T. CALDERÓN y C. THIBAUD (eds.), *Las revoluciones en el mundo Atlántico*, Bogotá, 2006.

² Los conflictos bélicos ya se habían hecho presentes en la región, por ejemplo, los constantes escarceos en la Banda Oriental con los portugueses o las Invasiones Inglesas.

La oficialidad de la primera expedición

Para comprender el fenómeno de la guerra política se ha enfocado este estudio en la oficialidad del ejército auxiliar del Alto Perú, grupo que permite analizar las nuevas concepciones acerca de la guerra y el surgimiento de nuevas prácticas relacionadas con la creciente militarización que sufrió el espacio y la sociedad rioplatense de principios del siglo XIX. La elección de este grupo no fue fortuita pues ellos fueron quienes llevaron a cabo la guerra, y reflexionaron sobre ella. De esta forma, para abordar esta cuestión es imprescindible saber quiénes fueron estos oficiales: cómo se fue construyendo este estamento, quiénes lo compusieron y cuáles fueron las redes que tramaron entre ellos y con el poder político (cuestiones que se tratarán en los siguientes apartados).

Antes de indagar en las características de la primera campaña es necesario establecer algunas precisiones en torno a los oficiales que comandaron dicha expedición. La primera cuestión a destacar es que se entiende por oficiales a los jefes que dirigían las fuerzas militares comprendidos en la siguiente jerarquía militar: cadete,³ alférez o subteniente, teniente, capitán, sargento mayor,⁴ teniente coronel, coronel, y brigadier. Algunas consideraciones sobre estos empleos. El brigadier, un oficial general, en teoría era sinónimo de militar que manda una brigada, pero esta institución no funcionó ni en el ejército borbónico ni en el rioplatense. De esta forma, este cargo era solo una distinción superior a la de coronel (de hecho al mando de los regimientos podían estar brigadieres como coroneles). En cuanto a los coroneles, mandaban los regimientos y había uno por cada una de estas unidades. El segundo jefe del regimiento era el teniente coronel y luego el sargento mayor. El capitán mandaba la compañía, unidad operativa fundamental, y era el encargado de los soldados, y su ayudante era el teniente, seguido por el subteniente o alférez.

Para la primera campaña se ha recavado información de 88 oficiales sobre un total de 172 oficiales⁵ que según rastreamos tuvieron participación activa durante la expedición. A partir de las hojas de servicio existentes en el Archivo General del Ejército, que incluyen datos biográficos de cada individuo, se realizaron fichas individuales de cada oficial que se completaron con otra documentación tal como biografías, memorias y diccionarios biográficos, y se confeccionó así una base o biografía colectiva en base al método

³ En sentido estricto los cadetes no son oficiales, sino jóvenes que se inician en la carrera de oficial, pero para nuestro propósito los agregaremos al escalafón por marcar el inicio de la carrera de un oficial.

⁴ Debemos aclarar que el sargento mayor no era una graduación sino un empleo, siendo en realidad el cargo superior al de capitán el de teniente coronel. Fue Belgrano quien en la segunda expedición modificó esta situación convirtiendo a la sargentía mayor en un grado, cambio necesario pues de no modificarse esta situación se corría el riesgo de llenar el ejército de tenientes coroneles sobrecargando a la oficialidad de jefes. PAZ, J. M., *Memorias póstumas*, Buenos Aires, t. I, 1957, p.139.

⁵ Consideramos este número representativo teniendo en cuenta que para junio y julio de 1813 se considera que entre el Ejército Auxiliar del Perú, el Ejército de la capital en Buenos Aires y el Ejército de operaciones sobre Montevideo sumaban unos 520 oficiales regulares. RABINOVICH, A. M., "Obedecer y comandar. La formación de un cuerpo de oficiales en los ejércitos revolucionarios del Río de la Plata" (pp.41-67), *Estudios Sociales* 41, 2010, p.4.

prosopográfico.⁶ Es a partir de esta base de elaboración propia que se obtuvieron los datos acerca de los oficiales que se mencionan a continuación, tales como la edad, el origen y la carrera militar.

¿Quiénes fueron los hombres que comandaron las tropas que combatieron en el Alto Perú? La impresión de Lázaro de Ribera en carta al Virrey del Perú, José Fernando Abascal, era la de una “expedición de Buenos Aires” formada por “muñecos de Buenos Aires”, y Vicente Nieto también era de la idea de que eran los “porteños” quienes avanzaban.⁷ ¿Era esta impresión cierta? De acuerdo a los casos para los cuales se tienen datos acerca de su origen, el 94% de los oficiales había nacido dentro del Virreinato del Río de la Plata y de ese total el 58,7% eran porteños de nacimiento. Las ciudades que le siguen en número son Santiago del Estero y Salta, ambas con el 9,5% de la oficialidad, luego Córdoba, Montevideo y Tucumán con el 3,17% y las restantes sólo alcanzan el 1,6%. Esta preeminencia de porteños en los puestos de mandos tendrá fuertes implicancias a lo largo de la expedición, como se desarrollará en el apartado siguiente.⁸

Además de su origen, la edad de los oficiales brinda otro elemento para completar la imagen acerca de quiénes eran estos hombres. Habitualmente se consideró que los jefes fueron extremadamente jóvenes, imagen formada a partir de una circular escrita por Mariano Moreno que advertía a los jefes militares que no admitieran a ningún oficial de menos de 20 años ni a ningún cadete de menos de 14 -si fuera hijo de oficial- o de 16 si no tuviese antecedentes.⁹ Pese a la juventud de los oficiales que se infiere de esta circular, no se condice esta imagen con la edad de los oficiales de la primera campaña. De acuerdo con la base elaborada, el promedio de edad en 1810 -al inicio de la expedición- era de 32 años. Si se considera la edad al momento de iniciar su carrera como oficiales -varios habían empuñado las armas anteriormente a esta expedición durante las Invasiones Inglesas- la misma disminuye pero no alcanza los valores expresados en la circular de Moreno; el promedio de edad de ingreso al cuerpo de oficiales era, en esos casos, de 24 años. Posiblemente, la elevada edad de estos primeros oficiales tuviera relación con el proceso de militarización iniciado en 1806 y una vez en marcha las guerras revolucionarias, la incorporación de los oficiales cada vez más jóvenes fuera lo usual. En esta primera etapa, entonces, la regla pareciera ser el ingreso de milicianos con destacada actuación durante las Invasiones Inglesas y que alcanzaron la madurez en el Alto Perú.

Quizá uno de los datos que más nos explica quiénes fueron los oficiales es el momento de ingreso a la carrera militar. De acuerdo con los datos, hasta 1803 solo habían ingresado a la oficialidad el 15,76% del total de los que luego serían jefes en la primera expedición. Luego de ese año, los porcentajes crecen abrumadoramente: 7% para 1803, 5,26% para 1804, 8,77% para 1806, 21,05% para 1807, 10,52% para 1808, 12,28% para 1809, 14% para 1810 y 5,26%

⁶ CARASA SOTO, P. (coord.), *Elites: prosopografía contemporánea*, Valladolid, 1994.

⁷ “Correspondencia de Lázaro de Ribera y Vicente Nieto con el Virrey del Perú José Fernando de Abascal”, en *Biblioteca de Mayo*, Senado de la Nación, t. XIV, 1960, pp.12916 y 12918.

⁸ ARCHIVO GENERAL DEL EJÉRCITO, Sala Legajos históricos.

⁹ Moreno, M., “Circular a todos los jefes de la guarnición” (pp.10-11), en E. DOMINGUEZ, *Colección de leyes y decretos militares concernientes al ejército y armada de la República Argentina*, t. 1, 1810-1853, Buenos Aires, 1898, p.10.

para 1811 (estos últimos se incorporaron una vez iniciada la campaña al Alto Perú).¹⁰ De estos números se desprende que es evidente que a partir de 1806 el porcentaje se incrementó considerablemente. Este aumento a partir de la Invasiones Inglesas ya lo había estudiado cualitativamente Halperín Donghi para la totalidad del Río de la Plata, concluyendo que existió antes de 1806 un fuerte rechazo a la carrera militar por parte de los jóvenes de la elite porteña.¹¹ Es decir, la incorporación de amplias cantidades de oficiales luego de las invasiones es una evidencia de la creciente militarización de la sociedad: un grado militar se convierte en una opción tentadora para los jóvenes de la elite, especialmente no los hijos de los grandes comerciantes, sino los de familias preeminentes pero no principales, quienes ocupan mayoritariamente estos cargos.

Esta hipótesis podría refutarse considerando que este incremento de oficiales podría deberse a un ingreso desde el escalafón de soldado. Sin embargo, durante estos primeros años de militarización, la posibilidad de los soldados de ascender a los escalafones de mando fue poco frecuente. Siguiendo la interpretación de Halperín Donghi ya mencionada, al parecer la promoción de soldados a la oficialidad fue “bastante poco usual en este periodo revolucionario”.¹² De hecho, a partir de los casos relevados se confirma la hipótesis de Halperín para la primera expedición al Alto Perú, pues de los 88 casos relevados ninguno presenta en sus legajos militares personales ninguna información acerca de una actuación como soldado o suboficial antes de su ingreso al cuerpo de oficiales. La inexistencia de ascenso desde el rango de soldado al estamento de oficiales durante esta campaña permite concluir que en esta etapa primigenia de la conformación de un cuerpo de oficiales para un ejército veterano no primaría un ascenso desde los rangos que otros investigadores rastrearon para momentos posteriores;¹³ sino que primaría otra lógica, tal como las redes familiares por las cuales los jóvenes ingresarían al cuerpo. Al mismo tiempo, no serían las primeras familias de la elite las que formarían grupos de oficiales, sino que éstas ocuparían un lugar secundario dentro de este grupo, o un marginamiento social relativo,¹⁴ como los Balcarce.

Esta situación, sería la consecuencia de un ejército alimentado por milicianos y que todavía contaba con una lógica de ascenso por el mérito. De acuerdo con Andujar Castillo “la diferencia entre lo que sería el sistema de los ejércitos contemporáneos y el estamental del siglo XVIII radicaría precisamente en la exigencia de la condición nobiliaria para la vía reservada a la formación de futuros oficiales.”¹⁵ De esta forma, este incipiente ejército regular se encontraría aún manteniendo lógicas del ejército borbónico pero con la novedad de

¹⁰ ARCHIVO GENERAL DEL EJÉRCITO, Sala Legajos históricos.

¹¹ Tomamos los datos de su participación en los cuerpos milicianos y no sólo en las tropas veteranas que van a realizar la expedición militar. Para más información sobre el proceso de transformación de las milicias urbanas en fuerzas militares veteranas véase HALPERIN DONGHI, T., “Militarización revolucionaria en Buenos Aires, 1806-1815” (pp.121-157), en T. HALPERIN DONGHI (comp.), *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Buenos Aires, 1978, pp.137-141.

¹² *Ibid.*, p.142.

¹³ RABINOVICH, A. M., “Obedecer y comandar...”, *op. cit.*

¹⁴ HALPERIN DONGHI, T., “Militarización revolucionaria...”, *op. cit.*, p.126

¹⁵ ANDUJAR CASTILLO, F., *Los militares en la España del siglo XVIII, un estudio social*, Granada, 1991, p.101.

incorporar a comandantes milicianos americanos, y especialmente porteños, en los puestos de mando. No obstante, las Invasiones Inglesas y luego la revolución aceleraron los tiempos de ascenso pues hasta ese momento sólo luego de transcurridos varios años, cuando en el regimiento donde se formaba el cadete existía una vacante, ascendía al primer empleo de la oficialidad, subteniente o alférez, percibiendo un salario por su función. Sin embargo, antes del proceso de militarización, los jóvenes que elegían la carrera militar podían esperar varios años antes de lograr un ascenso, tal como se desprende del relato del futuro brigadier del Ejército Auxiliar, José Rondeau sobre la clase de cadete donde "...generalmente se eternizaban los jóvenes en aquellos tiempos porque no se proporcionaban más ascensos que los que resultaban en los mismos cuerpos por muerte y rara vez invalidez de los que servían los empleos superiores...".¹⁶

Como se ha analizado, esta inmovilidad cambió con la revolución, permitiendo el ingreso y ascenso de los jóvenes comandantes de milicias. Sin embargo, ya analizado el año de ingreso de estos oficiales y la movilidad del grupo de los soldados al de los comandantes, éstos no continuaron ascendiendo de manera tan espectacular. En un espacio que viviría los siguientes cincuenta años en guerra casi permanente, para el caso de los oficiales de la primera campaña al Alto Perú el 36,6% llegaría más tarde a ser coronel, el 22,5% a teniente coronel y el 16,9% sólo fue ascendido a capitán.¹⁷

Después de este breve análisis se puede concluir que los oficiales de la primera expedición al Alto Perú fueron mayoritariamente porteños, de más de treinta años, que comenzaron la carrera de las armas durante las Invasiones Inglesas y que por esta experiencia es que fueron escogidos para comandar las tropas. Por otra parte, sus inicios no fueron como soldados, sino que sus orígenes sociales y las vinculaciones familiares les permitieron ingresar directamente como oficiales. Por último, la carrera militar de estos primeros oficiales no fue tan espectacular, quedando muchos de ellos en estadio intermedios de la jerarquía militar.

Porteños contra altoperuanos

Al establecerse la Junta Provisional Gubernativa en Buenos Aires en mayo de 1810, fue decisión inmediata del gobierno enviar expediciones auxiliadoras al Interior para informar de los sucesos de Buenos Aires y contener las posibles sediciones. Una de ellas partió hacia el norte -siendo elegido como jefe de la expedición el coronel Francisco Antonio Ortiz de Ocampo-¹⁸ y se detuvo en Córdoba para detener a los rebeldes pues el Cabildo de esa ciudad

¹⁶ RONDEAU, J., "Autobiografía del Brigadier general don José Rondeau" (pp. 1781-1843), en *Biblioteca de Mayo: colección de obras y documentos para la historia argentina*, Senado de la Nación, 1963, t. II, p.1784.

¹⁷ Destaquemos que en estos números están incluidos los *graduados*, quienes no tenían el cargo de manera efectiva pero si cumplían la función, abultando aún más los números.

¹⁸ Ocampo era miembro de una de las familias principales de La Rioja y tenía importantes vinculaciones con muchas familias del Interior; además había tenido una destacada actuación durante las Invasiones Inglesas y posteriormente en la conformación de la Junta Provisional de Gobierno. Finalmente, el 15 de noviembre de 1810 fue relevado del mando por orden de la Junta -que lo conservaba de manera nominal-, quedando el ejército bajo el control de González Balcarce quien luego de los fusilamientos de Córdoba era de hecho el comandante.

había decidido jurar lealtad al Consejo de Regencia,¹⁹ desconociendo la autoridad de la Junta de Buenos Aires. Una vez en esa ciudad el gobierno porteño ordenó la persecución de los díscolos, entre ellos el ex virrey Liniers y el gobernador Juan Gutiérrez de la Concha, quienes fueron fusilados por orden de la Junta del 28 de julio de 1810.²⁰

Luego de su paso por Córdoba, el destino final de esta expedición era el noroeste del virreinato, donde los porteños esperaban poder controlar la región y contar con su adhesión a la causa juntista. La cuestión altoperuana era un asunto espinoso para Lima y Buenos Aires desde antiguo. De acuerdo con Marta Irurozqui ya desde el siglo XVIII la importancia de este enclave minero hizo que Lima y Buenos Aires se disputasen, en principio, el control de la Audiencia; conflicto que culminó finalmente con la anexión de la región al Virreinato del Río de la Plata en 1776 por decisión de la Corona en el marco de las reformas borbónicas. Sin embargo, las pretensiones de Lima y Buenos Aires chocaban con las altoperuanas quienes reclamaron a la corona estatus virreinal o que por lo menos que el virrey residiera en la ciudad de La Plata, pedidos que se enmarcaban dentro de los deseos de las elites locales de ampliar su esfera de influencia o de obtener ventajas dentro disputas y competencias locales.²¹ Una vez iniciado el proceso juntista en Buenos Aires, el Alto Perú volvió a convertirse en un territorio disputado por ambas capitales pero ya en el marco de la ruptura de las jerarquías territoriales coloniales, aflorando así deseos de autonomía de las distintas unidades territoriales con respecto a las otras. En el caso porteño, la Junta intentó a través de las armas mantener las prerrogativas virreinales sobre el Alto Perú, principalmente el control de la producción argentinífera de Potosí. Para Lima, posiblemente la reocupación del Alto Perú tuviese un sentido meramente político, recuperar el antiguo Perú, pues la economía de ese virreinato se había recuperado con la explotación de las minas bajo peruanas, como el cerro de Pasco.²² Frente al avance militar bonaerense, no todas las ciudades altoperuanas reaccionaron de la misma manera; por ejemplo desde el Cabildo de Charcas se solicitó protección al virrey del Perú,²³ José Fernando Abascal, quien no perdió la oportunidad para

¹⁹ HALPERIN DONGHI, T., *De la revolución de independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, 2000, p.52.

²⁰ Senado de la Nación, *Biblioteca de mayo*, t. XIV, *op. cit.*, p.12895.

²¹ IRUROZQUI, M., "La sombra del reino: el proceso juntista en la Audiencia de Charcas, 1808-1810" (pp.193-235), en R. BREÑA (ed.), *En el umbral de las revoluciones hispánicas el bienio 1808-1810*, Madrid, 2010.

²² CONTRERAS, C., "La minería en el Perú en la época colonial tardía, 1700-1824" (pp.103-162), en C. CONTRERAS (ed.), *Economía del periodo colonial tardío*, Lima, 2010.

²³ En una carta del 21 de junio de 1810 de la sala capitular de La Plata a Abascal se lee lo siguiente: "Todo absorto y confundido este Cabildo Metrópoli de La Plata con la reciente escandalosa novedad que ha ocurrido en la capital de Buenos Aires, en que bajo el velo aparente de conservar estos dominios para nuestro amable aunque desgraciado monarca, el señor don Fernando Séptimo, ha resuelto un complot inconsiderado de gentes, deponer como ha depuesto al excelentísimo señor virrey, don Baltasar Álvarez de Cisneros, y formar una junta tumultuaria, en quien erradamente han pensado subrogar las veces de nuestra suprema central de Sevilla (...), proponiéndose aún hacerlo con las armas, (...) como todo constará a vuestra excelencia del informe que en el caso se le dirige de acuerdo con su muy digno jefe el señor mariscal de campo, don Vicente Nieto, el ilustrísimo señor arzobispo, y demás cuerpos de esta ciudad, volver a ese superior gobierno de vuestra excelencia, aquella antigua obediencia y sumisión, que antes de la división del virreinato le reconocía, porque no cabe en su lealísimo modo de pensar el rendir la cerviz a potestad que no tenga su legítimo origen en el real trono de España, sujetarse a dicha junta de Buenos Aires, fundada solo por la multitud de cabezas...". ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN (en adelante AGN), Sala VII, 290, Archivo de la Expedición Auxiliadora.

recobrar el dominio sobre un territorio que la Corona le había quitado, mientras que Cochabamba se declaró manifiestamente a favor de los porteños. Así, es en este marco de soberanías en disputa que se enmarcaron las expediciones militares porteñas.

Luego de un pequeño escarceo entre ambas fuerzas en Cotagaita, el 7 de noviembre la vanguardia revolucionaria presentó batalla a los 1000 hombres mandados por el capitán de fragata José de Córdova y Roxas con resultado favorable para los primeros, convirtiéndose Suipacha en la primera gran victoria del ejército porteño. Al día siguiente llegó Castelli, como nuevo representante político de la Junta, desde allí avanzó el ejército hacia Potosí, arribando el día 25 de noviembre, permaneciendo en esta ciudad durante dos meses.

La estada del ejército en el Alto Perú supuso algo más para la población que la mera presencia militar de las tropas auxiliaoras. Desde el primer momento como representante de la Junta, Castelli tomó medidas tendientes a “ganar nuevas adhesiones a la revolución arbitrando entre grupos sociales y étnicos, favoreciendo a los criollos contra los peninsulares y ofreciendo a los indios la emancipación del tributo y los servicios personales”²⁴ por las regiones por las que transitó la expedición.

Las acciones de Castelli repercutieron profundamente en la sociedad alto peruana pero también al interior del propio ejército. Las políticas del representante generaron fuertes conflictos al interior de la oficialidad que desembocaron en un fallido intento de motín el 7 de marzo de 1811, en la ciudad de Oruro donde se asentó el ejército durante un mes para luego marchar hacia La Paz. Los oficiales José María Echaury, José León Domínguez, Francisco Casado y el capellán Manuel Antonio Ascurra se juntaron con Luciano Montes de Oca y el sargento mayor Toribio Luzuriaga para convencerlos de tomar parte del movimiento cuyo objetivo era remitir a Buenos Aires a Castelli y González Balcarce pues “los pueblos en tránsito se quejaban porque el señor representante había echado varios despatriados para abajo”.²⁵ Como Luzuriaga y Montes de Oca se negaron a tomar parte de la sedición, los oficiales acordaron que Luzuriaga lo consultase con Viamonte, segundo general del ejército, quien contestó que aquello era una locura, pero que sin embargo jamás informó de este episodio a González Balcarce o a Castelli. Si bien se intentó mantener este asunto en secreto, de acuerdo con otras declaraciones era sabido por todos los oficiales el intento de motín y se tenía por principal agente a Ascurra.²⁶

Esta conspiración permite analizar cómo las distintas tensiones latentes al interior del ejército -algunas ya presentes desde el momento mismo de su conformación y que eran continuidades de las disputas iniciadas en Buenos Aires con la institución de la Junta Provisional- se articularon en una relación más profunda entre guerra y política con conflictos preexistentes entre las fuerzas revolucionarias y las elites locales.

Cuando se mencionaron las disputas iniciadas en Buenos Aires y que se desplegaron en este motín se está haciendo referencia al conflicto interno dentro del gobierno entre los grupos moderados y los radicales, y es de este conflicto que la conspiración de Oruro se hizo

²⁴ HALPERIN DONGHI, T., *De la revolución de independencia...*, op. cit., p.60.

²⁵ Senado de la Nación, *Biblioteca de mayo*, t. XIII, op. cit., p.11620. El subrayado es nuestro.

²⁶ *Ibid.*, p.11628.

eco. Las formas del conflicto intestino dentro del ejército se retrotraen a la conformación del mando militar de la expedición. Una vez destituido Ortiz de Ocampo, la plana mayor del ejército se compuso por González Balcarce como primer general, secundado por Juan José Viamonte. Esta designación generó resquemores pues se desplazó a Eustoquio Díaz Vélez,²⁷ hombre de la preferencia de Castelli. Sin embargo, la cuestión de fondo en este asunto es preguntarse por qué fue escogido Viamonte por sobre Díaz Vélez. El por qué de esta elección de la Junta no fue transparente, pero posiblemente la decisión se vincularía no con una cuestión puramente militar sino con la necesidad del grupo *saavedrista* de equilibrar el poder dentro del ejército pues Castelli, Balcarce y Díaz Vélez eran afines a la fracción *morenista*, y fue por eso que posiblemente Saavedra destinó en tan alto cargo militar a su amigo personal Viamonte y así tener a uno de sus acólitos en la plana mayor del ejército.²⁸

Fue en este contexto que la explicación de por qué los confabulados recurrieron a Viamonte cobró otro sentido. Para Monteagudo, todas las acusaciones recayeron sobre este oficial pues de él conocía “sus maquinaciones con Saavedra”.²⁹ A pesar de la división al interior de la plana mayor, no fue claro porqué Viamonte no apoyó a los infidentes, de hecho, y a pesar de que González Balcarce parecía estar al tanto de este episodio, “jamás hubo la menor discordia pública ni privada entre Castelli, Balcarce y Viamonte pues los primeros llevaron por máxima no darse por entendidos de cuanto había sucedido por no causar mal ejemplo a las tropas ni dar escándalo a los pueblos.”³⁰ Pese a todos los recaudos que tuvo Viamonte para evitar el motín, evidentemente la conspiración se realizó en un ambiente adverso para Castelli, pues a partir de diciembre de 1810, con la partida de Moreno en misión diplomática y la llegada de los diputados del interior a la Junta la relación de fuerzas entre las facciones cambió, y parecían tiempos más propicios para los moderados. De esta forma, la inclusión de este motín dentro de la lógica facciosa entre moderados y radicales, nos revelaría además otro costado del conflicto armado: cómo la revolución, a través de la guerra, exportó parte de sus problemas políticos de Buenos Aires a otros espacios, en este caso el Alto Perú, problemas que adquirieron lógicas de resolución propias.

Del motín también se podría desprender un posible enfrentamiento entre los oficiales de la plana mayor con sus subalternos. Ciertamente, el control sobre la disciplina, el respeto por la jerarquía militar y la autoridad de los máximos jefes no eran del todo fuertes, pues fue posible para los conjurados pensar en destituir del mando a los líderes de la expedición. No poseemos evidencia de un conflicto tangible entre los oficiales jerárquicos y la plana mayor, más allá de este intento de motín, pero sí fue manifiesta la incapacidad de los jefes de castigar a los culpables. De hecho, a González Balcarce se le preguntó por qué, como jefe

²⁷ Senado de la Nación, *Biblioteca de mayo*, t. II, “Oficio de Eustoquio Diaz Velez al jefe del estado en donde al referirse al nombramiento que se le ha conferido de tercer general del ejército del Perú, que considera inferior a sus méritos”, Buenos Aires, 1963, p.1992.

²⁸ De este suceso nos informa Ignacio Núñez que las “estrechas relaciones” de Viamonte con Saavedra “habían entrado por mucho en el cálculo de su nombramiento”. NÚÑEZ, I., *Noticias históricas de la República Argentina*, Buenos Aires, 1857, p.348.

²⁹ Senado de la Nación, *Biblioteca de mayo*, t. XIII, Buenos Aires, 1963, p.11590.

³⁰ *Ibid.*, p.11590.

militar, no los había castigado a lo cual contestó que se había enterado de manera casual y mucho tiempo después por una conversación con alguien del cual no se acuerda, y que no intentó averiguar nada más acerca del tema para evitar recelos.³¹

Recapitulando, de estas dos explicaciones del motín es posible entender las formas en que replicó en el ejército la lucha intestina de Buenos Aires, y cómo la conformación de una jerarquía militar y una incipiente profesionalización del ejército no fueron procesos sencillos que generaron tensiones en esta embrionaria estructura militar.

Pero otra elemento explicativo que se deriva de este intento de motín lo vincularía con un conflicto mayor: el de porteños y altopperuanos. Este conflicto estuvo presente en dos niveles. El primero, y de acuerdo con algunos historiadores, como Gil Montero³² o Roca,³³ en el ejército auxiliar existió una fuerte disputa entre porteños y altopperuanos. Y un segundo nivel, un problema mayor y de más larga data entre porteños y altopperuanos.³⁴ Con respecto al primero, el conflicto al interior del ejército, la animosidad entre porteños y altopperuanos parece haber sido tan marcada que en el juicio iniciado a Castelli, una de las preguntas del interrogatorio fue “si entre los generales y jefes del ejército de la patria había discordias, despreciando a todas las tropas del Alto Perú, y especialmente a las de Cochabamba”.³⁵ Algunos oficiales respondieron que muchos se burlaban de los cochabambinos, a tal punto que los comandantes debieron intervenir para frenar estas agresiones y que el desprecio de los porteños a los cochabambinos era tal que consideraban que las tropas de arriba eran innecesarias. Tampoco se incorporó a la cúpula militar a ningún oficial altopperuano, ni siquiera a alguno de tan destacada actuación como Francisco de Rivero, reconocido vecino de Cochabamba con un fuerte ascendiente entre sus hombres. Castelli, también, tenía una muy mala relación con Rivero,³⁶ a tal punto que no lo incorporó a su estado mayor ni lo anotició del armisticio pactado con Goyeneche.

Las diferencias entre porteños y altopperuanos estaban, de la misma forma, extendidas a las relaciones entre ejército y elites locales. Como afirma Gil Montero “en general la actuación de los rioplatenses fue percibida por la población local como la de un ejército de ocupación”.³⁷ Las causas son varias y una de las que la autora aduce y que no desarrollaremos se articula con el nombramiento de porteños como gobernadores de Potosí y Chuquisaca, pero no sólo estas designaciones fueron las que generaron resquemores.

³¹ *Ibid.*, p. 11669.

³² GIL MONTERO, R., “Las guerras de independencia en los Andes meridionales” (pp. 89-117), *Memoria americana* 14, 2006.

³³ ROCA, J. L., “Cochabambinos y porteños”, en *Historia y cultura*, t. 10, La Paz, 1986.

³⁴ Los conflictos entre porteños y altopperuanos previos al proceso revolucionario sólo serán mencionados en este trabajo, para una profundización mayor del tema recomendamos ROCA, J. L., *Ni con Lima ni con Buenos Aires. La formación de un estado nacional en Charcas*, Lima, 2007.

³⁵ Senado de la Nación, *Biblioteca de mayo*, t. XIII, *op. cit.*, p.11778.

³⁶ Al final, luego de Huaqui, Castelli fue depuesto y reemplazado por Rivero y Balcarce fue degradado y puesto bajo sus órdenes, pero Rivero nunca llegó a asumir su cargo pues se había pasado al bando de Goyeneche. Cuando se supo la noticia de la felonía, fue nombrado Viamonte como general en jefe del ejército, y se le ordenó a Balcarce que regresara inmediatamente a la capital.

³⁷ GIL MONTERO, R., “Las guerras de independencia...”, *op. cit.*, p.96.

Reforzando la interpretación acerca de una disputa entre porteños y altoperuanos y cómo la presencia del ejército parecía actualizar, la fuerte presencia de porteños al interior de la oficialidad, como se ha resaltado en el primer apartado, fue un elemento de animadversión. Esta abrumadora mayoría de porteños, evidentemente generó malestares con la elite local altoperuana que, en algunos momentos, se sentirá más conquistada que liberada. Pero además, este mayoritario porteñismo de la oficialidad conllevará otro problema a la hora del aprovisionamiento de los ejércitos en los territorios donde se asentaban para lo cual debía existir consenso entre la junta con las elites locales.³⁸ De esta forma, la relación entre los altos mandos porteños y los grupos de poder locales eran claves para la financiación y el sostenimiento de las tropas, y un buen vínculo podía construir lealtades sólidas que evitasen la colaboración con el enemigo. Por lo pronto, en la primera campaña la relación no fue armónica -fundamentalmente por las políticas llevadas a cabo por Castelli- generando tensiones con las elites altoperuanas.

Ya se ha hecho mención a al afán reformista de Castelli durante su estadía en las distintas ciudades altoperuanas. De entre estas transformaciones, y conectado con el intento de motín, lo que más problemas le iba a generar luego al representante por su repercusión en la disciplina castrense fue su orden de diciembre de 1810 de enviar más de cincuenta potosinos a Salta acusados de sospechosos.³⁹ Lo interesante para nuestra investigación fue cómo repercutieron estas medidas en el ejército, e indudablemente las acciones de Castelli trascendieron los vínculos entre él y las elites pues un oficial declaró que uno de los motivos de la conjura de Oruro fue que “los pueblos en tránsito se quejaban porque el señor representante había echado varios despatriados para abajo”.⁴⁰ Como reflexionó Halperín sobre la primera campaña “por detrás de tantas causas de tensión, termina por descubrirse lo esencial: el Alto Perú no sabe si ha sido liberado o conquistado”,⁴¹ y lo que nos sorprende es que este interrogante acerca de los beneficios de la presencia de las tropas revolucionarias se extendió a los oficiales quienes consideraron que los disturbios ocasionados por Castelli debían finalizar.

Sin embargo, no se quiere reducir el resquemor altoperuano a la mera acción de un hombre, Castelli; estas medidas no deben atribuirse únicamente a una voluntad renovadora del representante, sino que debe extenderse la explicación al modo en qué se entendía la relación entre guerra y política en este espacio que comienza a militarizarse. Si bien militarmente la expedición estaba inicialmente a cargo de Ortiz de Ocampo, no fue así de manera exclusiva sino que se conformó, además, una Junta de Observación que era la encargada de “las resoluciones relativas a la conducta política con los pueblos y al gobierno militar de la expedición”,⁴² que resolvía los asuntos de mayor importancia por pluralidad de

³⁸ TERNAVASIO, M., *Gobernar la revolución. Poderes en disputa en el Río de la Plata, 1810-1816*, Buenos Aires, 2007, p.51.

³⁹ Senado de la Nación, *Biblioteca de mayo*, t. XIV, op. cit., p.12999.

⁴⁰ Senado de la Nación, *Biblioteca de mayo*, t. XIII, op. cit., p.11620. El subrayado es nuestro.

⁴¹ HALPERIN DONGHI, T., *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, 1994 (1972), p.252.

⁴² Senado de la Nación, *Biblioteca de mayo*, t. XIV, op. cit., p.12891. El subrayado es nuestro.

sufragios. Es decir, al momento de resolver las cuestiones más substanciales el poder se encontraba dividido y era necesario que los miembros de la Junta se pusieran de acuerdo en cada decisión. Pero, durante la marcha del ejército al Alto Perú se produjeron cambios en el mando: a cargo de la expedición estaba ahora el nuevo representante de la Junta, Juan José Castelli, quien tenía como misión “dirigir los movimientos del ejército, y *reglar la organización de los pueblos que se asocian a la capital*”.⁴³

Nótese que en las dos órdenes de la Junta se menciona la conducta política y la organización de los pueblos como ámbitos de acción de las autoridades militares y políticas de la expedición, y de que manera estaba contemplado que una de las misiones de la guerra era permitir llevar a cabo reformas en las regiones que se iban ocupando. Es innegable que con la aparición de Castelli en escena, la figura del representante de la junta adquirió cada vez mayor poder de resolución -en el ámbito político así como en la esfera militar-, en desmedro de la junta de observación. Esta transformación del poder del representante evidencia, del mismo modo, un cambio en la forma de concebir la cuestión militar que comenzó a ser entendida como un instrumento de la política -que instauraría un nuevo orden-, pues al enajenar el gobierno de lo militar a quien más pericia tiene se lo subsumió a la política. Fue tan así que el 30 de octubre, Castelli envió una misiva a la Junta en la que sugería que el sistema cuatripartito era “innecesario, inútil, y tal vez perjudicial” y proponía que el comandante militar se encontrase “sujeto como los demás jefes a las órdenes del representante” considerando que “toda la vez que exija la materia militar un juicio prudente pero delicado, es fácil formar un consejo, o junta de guerra que guíe mis resoluciones”.⁴⁴ En la reflexión de Castelli se trasluce un desprecio por lo militar, entendiéndolo como un mero medio para conseguir un fin último: la imposición de las políticas porteñas en el Alto Perú. Así, la causa última de la violencia era permitir el poder transformador de la política en los territorios anexados para la causa y no suponía más el conocimiento de las armas que la capacidad para elaborar estrategias útiles para la consecución del objetivo. Tan poco específico parecía este arte militar en un espacio que comenzaba a militarizarse que ante cualquier coyuntura era fácil formar consejo, como explicitó el representante.

Finalmente, el 7 de noviembre, el gobierno de Buenos Aires disolvió la junta de observación, quedando el poder supremo al mando de Castelli y el control meramente militar al mando de Antonio González Balcarce junto a su plana mayor. Esta estructuración hace suponer que la función del militar, encarnado en este caso en la figura de González Balcarce, era de mero consejero del hombre de la política. No se debe dejar de mencionar que esta idea estaba en consonancia con el pensamiento militar de la época que entendía a la guerra como una maniobra y restaba importancia a la moral y a los aspectos políticos de la misma.⁴⁵ Pero asimismo, entiende que primero existe una subordinación de la acción a la

⁴³ *Ibid.*, p.12922. El subrayado es nuestro.

⁴⁴ *Ibid.*, pp.12950 y 12951.

⁴⁵ HOWARD, M., “Jomini y la tradición clásica en el pensamiento militar” (pp. 13-37), en M. HOWARD (ed.), *Teoría y práctica de la guerra. Ensayos obsequiados al capitán B.H. Liddell Hart*, Buenos Aires, t. I, 1968.

estrategia, que es puramente militar y cuyo fin es la victoria; y un segundo tiempo, el de la política.⁴⁶

De esta forma, a pesar de su radicalidad, las acciones de Castelli en el Alto Perú estaban en consonancia con las instrucciones que le había enviado la Junta, que lo encargaba de las *resoluciones relativas a la conducta política con los pueblos* y que puntualmente le solicitó que cualquier vecino que estaba en contra del gobierno debía ser remitido a las provincias de abajo.⁴⁷ Sin embargo, esta orden, que iba a ser el motivo de la posterior sublevación militar, también molestó en Buenos Aires, manifestándose así otro cariz de la relación guerra-política: la resonancia de los sucesos altoperuanos en la capital. El miembro de la Junta y reconocido comerciante, Domingo Matheu, se manifestó en desacuerdo por este accionar e inmediatamente intentó frenar la orden que perjudicaba a comerciantes potosinos con los que tenía amistad. Finalmente, el 28 de enero de 1811, gracias a la acción de Matheu se revertía la medida de Castelli permitiéndose el regreso a Potosí de los desterrados. En definitiva lo que se quiere explicitar es que las acciones de Castelli en el Alto Perú se correspondieron con la forma de entender la relación entre guerra y política, y cómo el inicio de las campañas militares profundizaron los enfrentamientos en un espacio ya de por sí conflictivo como era el Alto Perú para los porteños.

Carlotistas, antimonárquicos y la “causa de la libertad”

Luego de la tormentosa estadía en Oruro, las tropas instalaron campamento en La Laja, localidad ubicada en el camino La Paz-Desaguadero. Los primeros días de mayo de 1811, Castelli realizó un pacto con el jefe del ejército peruano, Goyeneche, que establecía un armisticio de cuarenta días que, de acuerdo con el representante, le serviría para reforzar su ejército. Durante el armisticio, el conflicto iniciado en Buenos Aires entre los grupos más moderados y los radicales se agudizó. Luego de la asonada del 5 y 6 de abril, en Buenos Aires la purga de los denominados *morenistas* fue continua, no sólo en la Junta -donde no quedó ninguno de ellos- sino que muchos debieron abandonar la ciudad.⁴⁸ De esta forma, estas jornadas manifestaron de forma evidente las divisiones que surcaban al gobierno como asimismo la dimensión institucional que el conflicto ponía en juego.⁴⁹

Estos acontecimientos disgustaron mucho a Castelli, quien desde el campamento de Laja envió misivas a sus compañeros expatriados para que se sumasen al ejército. Frente a los sucesos porteños, el plan del representante era controlar el Alto Perú -objetivo que después de la victoria de Suipacha parecía una misión posible-, y luego bajar a Buenos Aires para

⁴⁶ Con el paso del tiempo, y las sucesivas derrotas de las tropas revolucionarias, esta concepción de lo militar que había imperado inicialmente desde el gobierno varió, pues en la causa del Desaguadero, dos años más tarde se lo buscaba culpar a González Balcarce del desastre de Huaqui como el comandante superior de la expedición, quien les debió recordar a los hombres que llevaban a cabo el juicio que él en ese momento era un subalterno de Castelli en todos los ámbitos, incluido el militar.

⁴⁷ Senado de la Nación, *Biblioteca de mayo*, t. XIII, *op. cit.*, p.11765.

⁴⁸ HALPERIN DONGHI, T., *De la revolución de independencia...*, *op. cit.*, p.83.

⁴⁹ TERNAVASIO, M., *Gobernar la revolución...*, *op. cit.*, p.57.

castigar a Saavedra y sus seguidores. Así, el temor de que Castelli, como jefe máximo del ejército del Alto Perú, regresase a Buenos Aires con las tropas para deponer a la Junta, era grande, convirtiéndose en la principal amenaza para el gobierno porteño, que ahora estaba plagado de adictos a Saavedra.⁵⁰

Castelli no era el único descontento con los sucesos porteños, sus generales González Balcarce y Eustoquio Díaz Velez, se mostraron furiosos con la noticia de los últimos acontecimientos. Una vez conocida la crónica de la asonada y sus consecuencias en el gobierno porteño, en el campamento revolucionario en el norte se produjo una violenta reacción por parte de los comandantes, a tal punto que González Balcarce elevó su renuncia a la Junta -pero fue rechazada.⁵¹ Pero esta división facciosa alcanzaba también a los oficiales del ejército y no sólo a la plana mayor. Estas fragmentaciones minaron la disciplina dentro del campamento y trasladaron cuestiones de la política porteña al Alto Perú; como un oficial declaró posteriormente las discordias entre los generales “trascendía a los oficiales por la adhesión que cada uno tenía”.⁵²

No obstante, lo que al parecer se presentó como una mera lucha facciosa reveló otro cariz que decantó en una disputa en relación a la forma de gobierno y que nos permitirá reflexionar sobre un asunto sensible para comprender la guerra en el Río de la Plata: las motivaciones de estos hombres para ir a luchar. En este campamento castrense convulsionado, los recelos paulatinamente trascendieron la adhesión a una facción y mostraron la adscripción de los oficiales a ciertas tendencias políticas.

La presencia de fuertes convicciones políticas entre los oficiales se exteriorizó cuando circularon rumores de un supuesto acercamiento del gobierno a la infanta Carlota Joaquina para que ésta ocupase el lugar que había dejado vacante Fernando VII. Castelli y sus seguidores hicieron rodar la versión de un acuerdo entre Saavedra y sus hombres con la infanta Carlota Joaquina, para coronarla como reina del Río de la Plata. Más allá de la veracidad de las intenciones del gobierno central, lo que interesa para este trabajo es el uso que se hizo dentro del ejército del término “carlotismo”, pues muchos de los que ahora acusaban a Saavedra, como Castelli, habían años atrás conspirado en favor de la infanta.⁵³ Es por eso que no se presentará atención a la cuestión carlotista propiamente dicha sino que se entenderá este término como una forma de acusar a ciertos elementos de monárquicos o como comenzaría a llamarse en las epístolas “enemigos de la causa de la libertad”. De acuerdo con Ternavasio “la presencia de la infanta Carlota Joaquina en el Río de Janeiro colaboraba a crear un ambiente de mutua sospecha entre las nuevas autoridades, acusándose unos a otros de connivencia con el carlotismo”.⁵⁴

⁵⁰ “de resultas a lo acaecido en esta capital el cinco y seis de abril del año antecedente se dijo entre los oficiales del ejército, que concluida la función del Desaguadero, se había de atacar a Buenos Aires, las cuales especies se divulgaban por los edecanes del general Balcarce y del doctor Castelli” Senado de la Nación, *Biblioteca de mayo*, t. XIII, *op. cit.*, p.11812.

⁵¹ Senado de la Nación, *Biblioteca de mayo*, t. XIII, *op. cit.*, pp.11692 y 11693.

⁵² *Ibid.*, p.11812.

⁵³ ETCHEPAREBORDA, R., *¿Qué fue el carlotismo?*, Buenos Aires, 1971, pp.73 y ss.

⁵⁴ TERNAVASIO, M., *Gobernar la revolución...*, *op. cit.*, p.45.

Estos rumores tuvieron fuerte repercusiones entre los oficiales, y en el proceso judicial a Castelli algunos declararon que “se decía públicamente entre oficiales y soldados que los individuos del gobierno superior eran carlotistas”.⁵⁵

Pero las implicancias de estas acusaciones se expusieron en una carta que interceptó el presidente de la Junta en mayo de 1811, y firmada por un “ciudadano libre” pero que él sabe fue escrita por Máximo Zamudio, capitán y edecán de Castelli.⁵⁶ En la misma se narraba lo acontecido en el campamento de Laja, donde se encontraba el grueso del ejército, cuando se conocieron las nuevas del 5 y 6 de abril. Al saberse las noticias, los oficiales “amantes de su libertad”, indignados frente a los rumores monárquicos, “juraron por lo más sagrado morir antes mil veces que admitir testa coronada alguna en América: que ellos con sus tropas eran muy bastantes a imponerles la ley” y que “una sola vida tenían, que esta la daban con gusto para sostener su independencia: que en nada la estimaban siendo otra vez esclavos”.⁵⁷ La carta de Zamudio describe como la oficialidad se encontraba sublevada y dispuesta a defender la libertad que pareciera ser la contraposición al sistema monárquico, que los esclavizaba, de la manera más radical posible, entregando la vida por ella. Lo interesante es que los oficiales se manifestaron no sólo a favor de una facción, la más radical, sino de un sistema de gobierno, el antimonárquico, único garante de la libertad. La decisión de no “admitir testa coronada en América” que manifiesta Zamudio hace mención, evidentemente, al anhelo de una parte de la oficialidad de luchar por un sistema de gobierno contrario a la monarquía. En esta primera etapa la posibilidad de decir abiertamente que no se desea una “testa coronada” es vociferando contra los carlotistas, pero no deja de ser llamativo que en vez de hacer mención explícita a la princesa Carlota se mantiene una opinión sobre el sistema en general. La monarquía, de esta suerte, la lucha armada comenzaba a tener como fin la implementación de un ideal político, la libertad solamente posible a través de la construcción de un orden político no monárquico.

Por otra parte, la construcción de este nuevo orden político les permitía a estos hombres aspirar a su independencia, que era entendida en oposición a la esclavitud de España sobre los americanos. La independencia de los hombres, o su libertad, solo era posible eliminando la opresión, pero ¿podía esta ambición hacerse extensiva a una independencia política de la Corona Española? Para avanzar una respuesta, se tiene que hacer foco en otro elemento de la carta de Zamudio, para quien “...la felicidad pública se hace consistir en sacar a los pueblos americanos de su antigua opresión”.⁵⁸ ¿Qué se entendía por sacar a los pueblos de su antigua opresión? Destaquemos que se hace mención a los *pueblos americanos* sería en torno a la identidad americana que “se armó entonces un discurso de la independencia de unos pueblos disociados del cuerpo de la nación española”.⁵⁹ De esta forma, en un primer

⁵⁵ Senado de la Nación, *Biblioteca de mayo*, t. XIII, *op. cit.*, p.11785.

⁵⁶ YABEN, J., *Biografías argentinas y sudamericanas*, Buenos Aires, t. V, 1940.

⁵⁷ Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo*, t. II, “Carta del general don Cornelio Saavedra al general Juan José Viamonte”, *op. cit.*, p.1093.

⁵⁸ *Ibid.*, p.1091.

⁵⁹ PORTILLO VALDÉS, J. M., *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, 2006, p.160.

momento de la revolución se perfiló una identidad de pueblo americano oprimido producto de “una crítica al conjunto del fenómeno colonial en América”⁶⁰ que decantó paulatinamente en un sentimiento antiespañol. En tanto la fuerza y la violencia fueron la única base de la conquista “...nos encontramos frente a un rechazo no sólo de un pacto colonial, sino de la monarquía como sistema de gobierno”.⁶¹ Entonces, desde el espacio bélico comenzó a cuestionarse el vínculo colonial y el sistema monárquico, dando paso a los principios de la libertad y la independencia como valores por los cuales los hombres estaban dando la vida. Nótese que, desde la facción de Zamudio, oposición al vínculo colonial y crítica al sistema monárquico aparecen juntos, la lucha es en contra de una testa coronada y contra la opresión a los pueblos americanos.

En consecuencia, de las implicancias de un conflicto faccioso puede vislumbrarse un motivo por el cual los hombres toman las armas, la guerra se presenta así como la forma de defensa más radical de una opción política. La politización del campo de batalla en este contexto desarticularía la idea de un ejército polarizado que seguirían a ciertos líderes para apoyar a una determinada facción. En este caso, la independencia, y la ausencia de una “testa coronada” eran las claves de la lucha, elementos que se ligaban indisolublemente con la libertad pues “todos unánimes gritaban que habían abandonado sus casas, padres, madres, e hijos por la libertad de ellos y de su patria”.⁶² Sin embargo debemos ser cautelosos, pues este incipiente antimonarquismo y el tibio anhelo de independencia fueron manifestados por una fracción de la oficialidad, la más radical, y todavía no eran parte de un ideario más extendido que movilizase a todos los hombres a tomar las armas. En esta primera etapa, entonces, en donde los motivos de la lucha eran difusos, algunos grupos de oficiales fueron tímidamente perfilando razones (como un rechazo a la monarquía, sin todavía hacer mención a un sistema republicano)⁶³ que luego cobrarán más fuerza y masividad, además de volverse más explícitas y concretas, respondiendo a la propia dinámica de la revolución y la guerra.

Las acusaciones de carlotismo eran tan fuertes que hasta un hombre afín al presidente de la Junta, como Viamonte, comenzó a dudar. La carta mencionada de Saavedra al segundo jefe del ejército, era en realidad una respuesta a una misiva perdida que Viamonte había enviado pidiendo explicaciones a su amigo, increpándolo acerca de los rumores de instalar una monarquía en el Río de la Plata. Frente a esta acusación, Saavedra le responde y aclara a su amigo y partidario: “usted ha abrigado en su corazón la tan negra como despreciable conducta de que soy partidario de la Carlota y de que el movimiento del 5 de abril no ha tenido otro verdadero objeto que afianzar el partido de esta señora”.⁶⁴ Esta aclaración no es en vano, pues en su epístola, Viamonte había afirmado que él “se sacrifica por la libertad de

⁶⁰ GOLDMAN, N., *Historia y lenguaje. Los discursos de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, 2000, p.37.

⁶¹ *Ibid.*, p.44.

⁶² Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo*, t. II, “Carta del general...”, *op. cit.*, p.1093.

⁶³ Se recalca este punto pues estos oficiales explicitaron que sistema político no querían pero no desarrollaron un modelo político de preferencia para reemplazar a la monarquía. De esta forma, en esta primera etapa ser antimonárquico no era lo mismo que ser republicano, sino que se comenzó por construir una identidad política por la negativa.

⁶⁴ Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo*, t. II, “Carta del general...”, *op. cit.*, p.1089 y ss.

la patria y por no tener rey: que no se cuente con el éxito del Perú si las ideas del gobierno no son aquellas...".⁶⁵ En Viamonte resurgen elementos que ya hemos destacado como la libertad y el sentimiento antimonárquico. Ahora bien, en esta epístola se plantea nuevamente el binomio anticarlotismo/antimonarquía pero ¿es sólo conflictiva la presencia de Carlota o la afirmación de "no tener rey" abarca también a una posible restauración en el trono de Fernando VII? Es posible que más allá del carlotismo lo que comienza a ponerse en cuestión desde el ejército es la naturaleza misma del vínculo colonial y del sistema monárquico, y que no era lo que estaban defendiendo con su vida. La causa de la libertad, que liberaría a los americanos de la opresión, aparece como el motivo principal de la guerra.

Sin embargo no todos los oficiales parecieran tener las mismas convicciones, y la imputación de carlotista confundió acerca de quién era el enemigo. Saavedra unos años después señalará que algunos oficiales se preguntaban para qué la guerra si, sabido como era que Goyeneche tenía fuertes tendencias carlotistas,⁶⁶ todos buscaban en definitiva lo mismo, pudiendo llevar a que "muchas partes de nuestro ejército se uniese e incorporase con el de Goyeneche".⁶⁷ Esto remite a otro problema, ¿cuál era el enemigo contra el cual se estaba luchando? El "enemigo" más evidente, las fuerzas peruanas, no aparecen con un rostro de gran alteridad excepto en los momentos puntuales de la batalla. Esta peculiaridad podría remitir a al momento revolucionario en que esta expedición militar se llevó a cabo en donde la construcción del enemigo era todavía incipiente. Existen trabajos que estudian la cuestión de las guerras en el espacio rioplatense y la construcción de identidades,⁶⁸ y en ellos se concluye que la construcción de la figura del enemigo se vincula con la descomposición progresiva de las comunidades de pertenencia -la monarquía, el virreinato, América, etc. Se puede agregar que sumada a esta descomposición es necesaria la aparición de nuevas comunidades de pertenencia o de resignificación de las preexistentes. En este momento primigenio de la revolución en el cual el vínculo colonial recién comenzaba a ponerse en cuestión la redefinición de los principios sobre los cuales se fundaba la legitimidad son la piedra de toque en la delimitación de un enemigo. La instalación de una Junta en Buenos Aires y el envío de un ejército mayoritariamente porteño fomentaron a que las poblaciones locales los percibiera como los enemigos o los subversores de la legitimidad existente.

Por otra parte, el nivel de conflicto al interior del ejército no ayudaba a construir un enemigo externo, sino que pareciera estar al interior mismo de las tropas. Las fuertes peleas parecieran marcar que el principal enemigo se encontraba al interior del ejército, y que estaba encarnado por los porteños y sus conflictos. De hecho Saavedra era consciente de la peligrosidad de las diferencias internas cuando le advierte a Viamonte "déjense esas irritaciones violentas para los enemigos de nuestro sistema, para con Goyeneche, para con el Cabildo de Lima (...), para con Abascal (...), para con los portugueses que si nos invaden por

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 1089 y ss.

⁶⁶ ROCA, J. L., 1809: *La revolución de la Audiencia de Charcas en Chuquisaca y en La Paz*, La Paz, 1998.

⁶⁷ Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo*, t. II, p.57.

⁶⁸ BRAGONI, B. y MATA, S., "Militarización e identidades políticas en la revolución rioplatense" (pp. 221-256), *Anuario de Estudios Americanos* 64 (1), 2007; VERDO, G., "La guerre constituyente: Río de la Plata, 1810-1820" (pp. 17-44), *Revista de Indias* LXIX (246), 2009.

acá también lo harán por la frontera de allá. Pero contra Buenos Aires que además de mirar con frialdad esas furias y fanfarronadas contra nosotros que somos los más firmes y constantes defensores del sistema de nuestra libertad, es cosa bien digna de admiración”⁶⁹

Una última cuestión que se desprende de la situación en el campamento de Laja es entender este espacio como un ámbito de sociabilidad política. Desde Buenos Aires además de cuestionarse la moral de Castelli y la capacidad de Balcarce para mantener la disciplina en el campamento se temía la propagación de ideas antireligiosas, de independencia, libertad e igualdad en el campamento. De acuerdo con los testigos existió un episodio en el cual unos oficiales a modo de broma rompieron una cruz, y otros escucharon a algunos oficiales dijeron proposiciones “relativas a independencia, libertad e igualdad”,⁷⁰ que “lo que tratábamos era de establecer nuevo gobierno y ser independientes sin obedecer al señor don Fernando VII”⁷¹ y que se “oyó decir al doctor Castelli que no se había de reconocer ninguna testa coronada”.⁷² En estas declaraciones, junto a las ideas antimonárquicas que ya hemos resaltado, aparece nuevamente la idea de independencia, pero esta vez ligada a los principios del derecho natural de igualdad y libertad. Estos principios políticos circulaban en el campamento: “Los liberales entonaban himnos a la libertad, y gritaban, ¡mueran los carlotistas! (...) En estos campamentos se formaban también círculos doctrinales en política, y como la Sociedad patriótica de la capital, se hablaba mucho sobre los derechos naturales del hombre...”.⁷³ De esta suerte el ejército (y en este caso la vida de campamento) aparecen como ámbito de pedagogía política, donde las ideas circulan y se adoctrinaba a los oficiales en cuestiones de política. El campamento, como ámbito de sociabilidad, era un espacio ideal para la propagación de las distintas doctrinas y de educación política que consolidaron las motivaciones por las cuales peleaban.

Pero mientras estos acontecimientos se desarrollaban en el campamento militar, el convenio entre Castelli y Goyeneche fue quebrado y el 20 de junio se enfrentaron ambos ejércitos en la quebrada de Yuraicoragua (batalla de Huaqui), con resultados desastrosos para el ejército revolucionario.

Conclusiones

A lo largo del trabajo se ha intentado establecer la relación entre guerra y política en la primera campaña al Alto Perú, momento iniciático de la revolución y la guerra. Para ello se han estudiado, a partir de la oficialidad, dos acontecimientos en los cuales éstos tuvieron una participación activa -el intento de motín de marzo de 1811 y las repercusiones del 5 y 6 de abril en Laja- y las implicancias que estos sucesos desataron. El conflicto entre porteños y altoperuanos, la traspolación de la lucha facciosa porteña al Alto Perú, la guerra como forma

⁶⁹ Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo*, t. II, p.1093.

⁷⁰ Senado de la Nación, *Biblioteca de mayo*, t. XIII, *op. cit.*, p.11785.

⁷¹ *Ibid.*, p.11787.

⁷² *Ibid.*, p.11799.

⁷³ NÚÑEZ, I., *Noticias históricas...*, *op. cit.*, p.358.

de transformación política de la sociedad y el surgimiento de una motivación ideológica para la toma de las armas⁷⁴ -la defensa de la causa de la libertad, la independencia y instalación de un sistema antimonárquico -, y el espacio bélico como ámbito de adoctrinamiento político remiten a un fenómeno mayor que es el surgimiento de la guerra política.

Ya hemos mencionado la tesis de McFarlane⁷⁵ relacionada con el surgimiento de la guerra política en el espacio atlántico, que con la Revolución Francesa el carácter de la guerra cambió decisivamente al florecer la “guerra política”, que distinguiría a los combatientes no por cuestiones de derechos dinásticos o diferencias religiosas sino por su adhesión a principios políticos. En el Río de la Plata en general, y en la primera campaña al Alto Perú en particular la participación en la guerra fue un medio para la politización, que manifestaría la profundidad de las convicciones de los que luchaban. Una primera interpretación podría inclinarnos a sostener que la oficialidad estuvo surcada por conflictos facciosos y que la revolución, a través de la guerra, exportó parte de sus problemas políticos de Buenos Aires a otros espacios, en este caso el Alto Perú, problemas que adquirieron lógicas de resolución propias. Estos conflictos intestinos sumados a la conformación de una jerarquía militar y una incipiente profesionalización del ejército generaron tensiones en esta incipiente estructura militar.

Sin embargo, en una segunda lectura, esta interpretación no logra revelar la totalidad del fenómeno de la guerra política en el Río de la Plata. Lo que en apariencia era una mera lucha facciosa ya al final de la campaña evidenció la disputa, de los oficiales entre sí y de éstos con el gobierno central, en relación a la forma de gobierno. Varios oficiales se declararon a favor de un sistema de gobierno, el antimonárquico, único garante de la libertad, exclamando a viva voz que era la defensa de esta forma de gobierno el motivo para tomar las armas, siendo el sentido de la lucha armada la implementación de un ideal político, la libertad y la construcción de un orden político no monárquico. La guerra entonces era la forma de defensa más radical de una opción política.

Asimismo, la lucha política en el campo de batalla ayudó a la construcción de un incipiente enemigo. Con la revolución surgieron nuevas comunidades de pertenencia o de resignificación de las preexistentes y se redefinieron los principios sobre los cuales se fundaba la legitimidad, inicio para la delimitación de un enemigo. Como se ha desarrollado, la instalación de una junta en Buenos Aires y el envío de un ejército mayoritariamente porteño fomentaron a que algunos grupos de la elite local los percibiera como los enemigos o los subversores de la legitimidad existente, sostenido por disputas de larga data entre sectores altoperuanos y grupos porteños.

Por último, la discusión política fue posible si entendemos el campamento castrense como un ámbito de sociabilidad política. La vida de ejército, ejemplificada en el campamento, se convirtió en un ámbito de pedagogía política, donde las ideas circulan y se adoctrinaba a los oficiales.

⁷⁴ Por lo pronto en un grupo de oficiales y del estado mayor del Ejército.

⁷⁵ McFARLANE, A., “Guerras e independencias...”, *op. cit.*